

Los días que ahora son sueños

Anticipo de un libro (Poesía en prosa)

1948 - 1968

Escribe: EDUARDO CARRANZA

PASTORCITA

(ELEGIA DE FEBRERO).

"Decid: ¿quién se ha curado de su infancia jamás?".

A MI MADRE

*Pastorcita perdió sus ovejas
¡y quién sabe por dónde andarán...!*

musitaba, allá en la penumbra de la infancia, la fresca voz abolida. El balcón se abría sobre el jardín, sobre los cerros lejanos, sobre el cielo azul. Por el balcón pasaban sombras azuladas. En su jaula, el turpial se ahogaba de soledad y de música. Por la empinada calleja se paseaba el silencio. El frontero muro encalado estaba ciego de sol. A veces pasaba un largo estremecimiento por el cuerpo verde, caliente, fragante, del jardín. Venía el húmedo rumor de la quebrada entre el canto de esos insectos que en los pueblos, en los campos, en la lejanía, en la niñez, dan su tono dorado a la hora de la siesta. Reían entre el viento las flores del granado. ("¡Granados en cielo azul!"). Y la voz antigua seguía meciendo los versos.

*Pastorcita se queda dormida
y soñando las oye balar;
se despierta y las llama en seguida
y engañada se tiende a llorar.*

(¿En qué recodo de un cuento, bajo qué árbol detrás del horizonte, junto a qué fuente sombreada de frutales estará tendida Pastorcita para ir a llorar con ella?).

El jardín, en suspenso, oía también el cuento. Y lo glosaba de pronto con un vago rumoreo de hojas. Callaban los niños, con los ojos fijos en la

ilusión. Callaban, sonriendo a sus sueños. (Pobre Pastorcita, perdida, allá en el campo, llamando a cada oveja por su nombre: ¡Flordehaba! ¡Maruja! ¡Flordehaba! ¡Pobre Pastorcita apenas acompañada por su sombra, seguida apenas por sus cabellos!).

Vamos a buscar las ovejas de Pastorcita. La dulce voz nos lleva de la mano. Por el filo del cerro una aparece. Que no, que es una nube. Por la hondonada de los sauces otra se ve. Que no, que es una casa blanca...

Todo se había dormido al arrullo de la voz. Por el silencio pasaban los ángeles. En el jardín se escondían todas las mágicas criaturas. Ardían los jazmines y el corazón erraba por la fábula, lleno de música y de llanto. "Se oía el tiempo de las campanas en el din dan...".

*(No llores, Pastora,
que niña que llora
bien pronto la oímos reír y cantar).*

Niña Pastorcita, mira con tus ojos llenos de lágrimas, mira riente y suspirante, entre tus rizos y tus olanes y tus flores, cómo aparecen, una a una, tus ovejas. Las trae por el cielo un celeste pastor y ya descienden blandamente y ya tocan el filo del cerro con sus colas y el pastor no se ve porque es azul...

Y los niños lloraban y reían entre el llanto del agua y la risa de las flores de granado, en el viento.

Reinaba el azul de otro tiempo.

*Por el silencio de mi madre
se oían los ángeles cruzar.
Y quedábamos un instante
fuera del tiempo terrenal,
alelados y transparentes
como viviendo en un vitral...*

* * *

ES MELANCOLIA

(LA CASA EN EL RECODO DE LA INFANCIA)

Vamos pisando como un tenue prado ese niño que fuimos...

E. C.

La vieja casa blanca se perdía, allá, en el último recodo de la infancia. La acompañaban, allá, en el fondo de la memoria, el vuelo de la primera cometa; la imagen pensativa de mi padre, ya casi celeste y esfumada; el paso de la luna, calzada de silencio, entre las flores; el caballo de la niñez que iba a ser, de un momento a otro, el corcel volador o el palafrén de los siete colores; y una música, un son de guitarra, una música entre sueños, bañada en olor de jazmín...; y un ángel, bello como un ángel.

La vieja casa blanca estaba, allá, perdida como un cuento entre el más lejano paraje de la memoria.

He vuelto a ver la vieja casa. Todo es idéntico. Aquí, la tinaja verdinroja en cuyo fondo tiemblan el cielo y la frescura. Allá, en ese rincón, la silla pequeña en donde un niño pensativo buscaba en las nubes a los Reyes Magos. En el patio el limonero que a veces se cubre de alas blancas. Y el árbol plateado de las ciruelas en cuyas altas ramas viajábamos mis hermanos y yo. Y el corredor por donde andaba mi madre joven cantando una antigua tonada arrulladora a cuya música se balanceaban las hamacas y la tarde se adormecía.

He vuelto a ver la vieja casa. Sobre el mantel blanco, todavía el frutero como una pequeña isla frutal de cristal. Sobre la tapia encalada se desborda la sonrisa de primaveras y bellísimas. Viene una ráfaga de limón y de jazmín, "ruiseñor de los olores". Por el cielo de un azul tierno, apenas como víspera de azul, cruza "el relámpago verde de los loros". Aquí están los libros que mi padre leía; sueñan entre sus páginas las flores marchitas.

*"Ay de mí, ay de mí, algo me dice
que la vida no es más que una quimera,
una ilusión, un sueño sin orillas,
una pequeña nube pasajera..."*

En su jaula canta el turpial anhelante, como ahogándose en su propia melodía. En lo hondo del silencio cruza el húmedo rumor lejanísimo del río.

Ando por la vieja casa, como perdido en una dulce embriaguez de recuerdos, hablando, a medias palabras, con los fantasmas queridos, diciendo versos nostálgicos...

Parece como si un ramo de ese aire, de esa luz de otros tiempos, estuviera aún perfumado en el fondo de la vieja casa.

Todo está idéntico. Pero faltan una mirada seria y sonriente. Una cabeza blanca inclinada sobre un bordado. Y un ángel. Y un niño. Todo es tan diferente y todo es igual.

*"Solo que el tiempo lo ha borrado todo
como una blanca tempestad de arena".*

* * *

REGRESO CON UN RAMO DE FLORES

(ELEGIA SUSPIRANTE)

*"No se puede dudar. Este es el reino
del cielo azul y de las hojas secas
en donde todo y cada cosa tiene
su singular y plácida leyenda..."*

Sí, aquí está, el rostro de las cosas, más fiel que el fluído rostro de los hombres. Aquí está la ermita en la colina por cuya verdura con flores amarillas serpentea y vacila, para ascender de nuevo, el ocre senderillo.

Anda por la colina un breve rebaño. Anda una nube por el cielo. El senderillo es como una cuerda lánguida que elevara, en este abril casi decembrino, la cometa inmensa de la mañana. Pero ascendamos por esta dulce embriaguez de los recuerdos. Todas las cosas me sonríen y me llaman por mi nombre y repiten las viejas leyendas del corazón. Fina y traslúcida, la luna del amanecer, anda, también, olvidada en el día. El ángel que esconde la luna se ha quedado dormido.

Sí, aquí ya el aire tiene olor a cielo. Hemos llegado. Vamos a sentarnos en la piedra de siempre, en donde el tiempo se ha trocado en musgo. Abajo está el pueblo blanco y rojo; tejados bermejos, tapias encaladas. Repitamos, para él, la vieja metáfora del grupo de palomas dormidas. A la izquierda, el cementerio verde, herboso, oloroso, con su oratorio lleno de tumbas. El calmo y soleado cementerio en donde vienen deseos de tenderse a descansar, a soñar, a morir. No se puede dudar. Esta es la patria de la frescura, del verdor, del silencio. Y de las hojas verdes. Se abre, más allá, como un tierno abanico vegetal, el pequeño valle maravilloso, con su orla de colinas. En la lejanía asoma el lago como una frente pura. Tapias blancas sobre los cuales se desborda la sonrisa de las enredaderas. Caminos bordeados de eucaliptus por donde anda un hombrecillo con sus sueños. Riachuelos que, entre hileras de sauces, van regando el cielo por la tierra. Por el camino amarillento, la estampa del caballero en su caballo blanco. El pueblo y el campo —líricos, floridos, esfumados— están llenos de humo, de campanas, de idilio, de palomas, de sol, como una pastoral de Juan Ramón Jiménez.

* * *

He venido para mirar, para callar, para poner un ramo de flores al pie de estos recuerdos. El pasado me toma de la mano y me conduce hacia el río, por el camino de los eucaliptus. Arriba los árboles, los árboles. Y entre los árboles la verde estrofa del viento. El río aéreo del viento. Sí, Dios mío, todo está como entonces. El río, escrito de nubes, va humedeciendo el silencio. El bosquecillo del amor, las guijas de colores. El puente rojo que cruza de un salto la corriente. “El sauce derramándose en el agua”. Y el pasado me lee, en vos baja, los antiguos versos:

*“Río de cristal, dormido
y encantado; dulce valle,
dulces riberas de álamos
blancos y de verdes sauces.
—El valle tiene un ensueño
y un corazón: sueña y sabe
dar con su sueño un són lánguido
de flautas y cantares...”*

Miro las aguas que se llevaron las miradas y el amor. (¿En qué onda lejana, en qué nube, en qué mar, en qué gota de rocío, están ahora un pálido rostro, una sonrisa pálida, una negra, húmeda mirada?) Miro correr las aguas y pienso en la cabellera de una muchacha. Los cabellos

son los ríos... Regresemos bajo los árboles, bajo la estrofa verde del viento. Bajo estos árboles anduve enamorado. Y este recuerdo tiene un olor a violetas, a eucaliptus. Y tiene un sabor a cerezas.

* * *

He regresado después de tantos días lloviznados sobre este corazón ya encanecido. Es el mediodía. Las ventanas entornan sus párpados. Mi nostalgia ha venido a sentarse en este viejo banco de la plaza solitaria. Se alza, somnoliento, el canto de un gallo. Canta, legajo, el arcángel de la herrería. La sombra de las hojas pasa por los versos que leo. La tibia mano de la siesta pasea por mi frente. (Y ¿dónde el chorro de la pila que humedecía el entresueño de la siesta?).

Vamos andando, que es la tarde. Sonríe con la misma sonrisa de otro tiempo. Aquí está el balcón en donde alguien esperaba a que la tarde pasara por su casa. (A esta hora deben salir las colegialas, en bandada, enlazadas por el talle. Trajes a cuadros y boinas azules. En el centro, como la Flora Simonetta de una aldeana Primavera adolescente, avanza grácil, pensativa, la pálida doncella de los ojos negros "llenos de luz ardiente y lánguida". Tiene quince años y ya su frente toca las estrellas). Esto fue en el tiempo de la vaguedad y la ilusión. Cuando en el roce de una mano querida rozábamos el alma. Cuando nuestro corazón era amigo íntimo de la luna. Cuando nuestras manos se tendían para detener el sueño por su invisible vestidura. Cuando la tarde tenía nombre y rostro de muchacha...

*"Buena cosa, Dios mío. Nunca sabe
uno apreciar la dicha verdadera:
cuando la imaginamos más lejana
es justamente cuando está, más cerca".*

Ahora, ha tachado el olvido tantas cosas, tantos amables días, como, a veces, la lluvia tacha el sol. Pero en mi memoria encuentro todavía una flor marchita. Y encuentro una tarde, en el libro de las tardes, señalada con una cinta azul.

Todavía la tarde, al irse, vuelve a mirar, como una novia.

* * *

Es de noche y el pasado me toma, nuevamente, de la mano. Y me lleva a una sala apenumbada. Las estrellas bajan hasta los ojos, hasta el piano. En el fondo de la sala perfuma un ramo de recuerdos, un ramo del aire de otro tiempo. Y, avanzando desde el fondo del olvido, una música nos mira con sus abiertos ojos puros, una música nos tiende sus femeninos brazos desnudos.

*"Nacía, gris, la luna, y Beethoven lloraba,
bajo la mano blanca, en el piano de ella...
En la estancia sin luz, ella, mientras tocaba,
morena de la luna, era tres veces bella".
"Por el balcón abierto a brumas estrelladas
venía un viento triste de mundos invisibles...
Ella me preguntaba de cosas ignoradas
y yo le respondía de cosas imposibles..."*

CIUDAD LEJANA

"Y algo de nuestro ser que todavía vemos vagar por esas calles viejas".

ANTONIO MACHADO

Errando por las calles de mi ciudad, que ya casi no es mi ciudad, he sentido de pronto la angustia del tiempo, la punzada de la que fue, el vago dolorimiento por lo que pudo ser.

*("De toda la memoria solo vale
el don preclaro de evocar los sueños" . . .).*

He experimentado la sensación "física" del tiempo, el enemigo, el sin cesar.

He oído su tenaz laboreo de insecto enemigo que nos devora el corazón. Pero pienso que el tiempo nos envejece por contraste. Que quizás nos deja intactos interiormente pero nos va poniendo al margen de la vida, rejuveneciendo el mundo que nos rodea. La pequeña ciudad que entonces tenía mi edad es ahora, cuando ya voy siendo viejo, una joven ciudad de veinte años. Y me atrae y me repele con una voluble y femenina malicia.

*(. . . "Voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo").*

Y me he sentido, de pronto, rodeado de un trozo de soledad que me aísla y separa de las gentes y las cosas. Todo ha adquirido la vaga consistencia de un sueño. Y como andando por ese sueño he buscado los lugares que me fueron más queridos. Aquí y allá hay algún sitio, alguna casona silente, algún polvoriento jardincillo que conserva aún, como adherida, la atmósfera de otro tiempo. He andado por allí casi ciego de nostalgia.

*("Es una tarde clara,
casi de primavera,
tibia tarde de marzo,
que el hálito de abril cercano lleva;
y estoy solo, en el patio silencioso,
buscando una ilusión cándida y vieja;
alguna sombra sobre el blanco muro,
algún recuerdo, en el pretil de piedra
de la fuente dormido, o, en el aire,
algún vagar de túnica ligera.
En el ambiente de la tarde flota
ese aroma de ausencia,
que dice al alma luminosa: ¡nunca!,
y al corazón: ¡espera! . . .").*

Encontré, al azar, una antigua calleja empedrada que, callada y suspirante, me tomó de la mano como una hermana mayor y me condujo hacia el pasado. Yo cerré los ojos y me dejé llevar. Los lugares y los días

que fueron, se pusieron ante mí, ante la mirada del recuerdo, con una brumosa y seductora calidad de estampa. Vi el patio somnoliento de la casa, en donde ríe, en donde reía la boca bermeja de los geranios; oí la fábula de la fuente por la calle de piedra; oí también el chorro eterno del agua en la alberca de piedra gris, verdeante; oí cruzar entre campanilleos un coche, por el silencio de la siesta; vi de nuevo el cielo azul, en calma; oí el balbuceo del piano en la penumbra de la sala; ví a la muchacha pensativa que espera, en la ventana, a que la tarde pase por la calle; oí caer la tarde entre las campanadas que dora el sol de los venados; vi el gorrión y la golondrina revolando sobre el amplio huerto de frutas y de hierbas bondadosas; oí de nuevo un coche... (“¡Oh triste coche viejo que en mi memoria ruedas!”). Una onda de ternura y de melancolía me humedeció el aridecido corazón. Y cuando, ya otra vez en la realidad del presente, oí que en una casita encalada alguien tocaba en el piano la gavota “Stephanie”, con un pensativo acento de otros días, los ojos se me llenaron de lágrimas.

(Y el pasado musita, trémulo, a mi oído los sobrecogedores versos bienamados:

*“¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?
¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento?”).*

Ha caído la tarde. Y ha pasado la muerte.

* * *

MELODIA DE DICIEMBRE

Días felices y tan lejanos que se nos fueron de entre las manos.

EDUARDO CASTILLO

¡Cómo no recordaros “días felices y tan lejanos”!

Amplia casa en el más dulce declive del recuerdo. El turpial en su jaula plateada. La copa del vino sobre el blanco mantel. El piano en la penumbra de seda. El celeste olor de los manjares y juguetes en Nochebuena. El ángel de la estrella. La tibia emanación del jardín. La abuela rodeada de silencio y de flores. La ventana de párpados abiertos. Las nubes desde el balcón. Y en las nubes los Reyes Magos, los castillos y las

quimeras. Sobre la torre, el aire deshojándose en palomas. Y la tarde, paloma entre palomas. Y el corazón desnudo entre la música y la tarde. “Yo, tremulante de tiernos años entre mis ángeles y mis sollozos...”.

Y en la noche la almohada de un cuento. Tres cabezas absortas, inclinadas sobre la misma fábula. Y en el techo los mares y las islas y los rostros maravillosos. Luego, al oído del sueño, el balbuceo lejano del río; ese río que atraviesa la infancia, de extremo a extremo, con pausas de cielo y prisas cantarinas. Y, a ráfagas, el olor del azahar y la voz de Adán Carranza, abrazado a su guitarra. Y las campanas. Y el lucero en la ventana. Ahora ha pasado la muerte y ha crecido la yerba.

*“Ay de mí, ay de mí, algo me dice
que la vida no es más que una quimera.
Una ilusión, un sueño sin orillas.
Una pequeña nube pasajera”.*

* * *

Cómo no recordaros, “días fragantes en que la vida era cual una senda florida”.

¡Nochebuena de la adolescencia! Pueblo medio esfumado en un lejano valle del recuerdo. Cristo ha nacido en un pesebre. Le arrulla la Santa Virgen Azul. San José dormita entre su nimbo de ensueño. El vaho perfumado de la mula y el buey entibia el aire. ¡Cómo no recordaros! Nochebuena dorada del vino y el amor...

Pueblo de soledad y de silencio, con la frente bañada por la luna. Luna de brazo con el amor. Cabalgata en el amanecer. El pie dorado del verano iba despertando una canción en el campo estival. La mano dorada del verano maduraba las frutas y los corazones. La mirada dorada del verano entreabría las flores y los labios. ¡Cómo no recordaros...!

Viento que se llevaba la tarde. Camino bordeado de aroma campesino. Campo verde, floreado, ondulado, que se hacía estampa palpitante en el traje de las muchachas. Cuerpos morenos entre el sol. Trémolos de la serenata cayendo sobre el corazón que se ahoga de amor y de poesía. Pueblo afluyente del cielo por la vía celeste del humo. ¡Cómo no recordaros...!

Pálida belleza, tras de la reja del traje a cuadros. Esquina de la última mirada. Boca trémula. Manos que deshojaban la margarita. Muchacha de almendrados, húmedos ojos nocturnos. Versos suspirantes. Lágrimas secretas. Muchacha que miraba de lado, doblando la cabeza, como las palomas. ¡Cabeza melodiosa, derramándose sobre el piano...!

*¡Yo corría tras la dicha, con ella entre las manos!
Todo huyó con el viento y con el tiempo.*